

**CAFÉ
SANGRIENTO**

**RAÚL
GARBANTES**

Café Sangriento

Raúl Garbantes

Copyright © 2017 Alba Digital Publishing.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Alba Digital Publishing
info@albadigitalpublishing.com

Acerca de Raúl Garbantes:

Facebook: <https://facebook.com/autorraulgarbantes>

Twitter: <https://twitter.com/raulgarbantes>

Amazon: <https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Contenido

[Café Sangrieto](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)

PRÓLOGO

Las gotas se acumulaban en la ventana. En las afueras, la ventisca arremolinaba los nubarrones como si se tratasen de algodones. De vez en cuando Felicia escuchaba algunos truenos, seguidos de un centellazo que se reflejaba en sus lentes.

Su apartamento estaba recubierto de hojas y tinta; un verdadero desastre creativo, solía decir. Le había dado la espalda a su trabajo, al menos por unos minutos mientras degustaba aquella taza de café.

El aroma que despedía se permeaba junto a la lluvia. Aquellos leves tintineos en la ventana parecían colar cada grano de café cuando se llevaba la taza a los labios. Esbozó una media luna en la cara y continuó mirando la avenida a ocho pisos de altura.

—Lunes —murmuró antes de volver a sorber. El café se deslizaba por su garganta como la lava de un volcán. Un dulce volcán—. Todos los lunes son iguales.

Se dio la vuelta y volvió hacia su escritorio. Un lunes como otro. Un lunes como aquel. Caminó sin siquiera mirar los papeles regados; trazos de una novela sin acabar. Basura. De su mente solo salía basura reprimida desde la garganta hasta convertirse en frases sin sentido. No había coherencia en ellas y esta carencia se parecía a su propia vida.

Río.

Las similitudes hacían que se revolcase para sus adentros.

Volvió a sentarse.

Página uno.

Cero palabras.

Dejó la taza de lado, impregnándose más de aquel aroma que la hipnotizaba. Empezaba a creer que era adicta a aquellos granos traídos de algún país olvidado por Dios.

Pero vaya que tenía buen sabor. ¿Era su tercera taza del lunes? No. Era la quinta; el dolor abdominal se lo recordaba.

Encendió un cigarrillo y aspiró la bocanada como si respirarse por primera vez desde hace rato, como si sus pulmones fueran ajenos al alquitrán que se almacenaba en su organismo. Era un mínimo precio por saciar aquel arrebatado de ansiedad, pero, ¿qué sabía ella de cigarrillos si apenas llevaba fumando unos pocos años?

Los vicios se adquieren. Te persiguen hasta poseerte y no queda más que entregarse a ellos.

Otra bocanada.

Y entregarse era una de las cosas que detestaba. ¿Entregar qué? ¿Sus sentimientos? ¿Su vocación? ¿Sus metas? La doctrina de la mejilla incondicional no se aplicaba a ella. La decepción la perseguía como una sigilosa sombra, envolviéndola con sus tentáculos.

Sí que se había entregado. Ya no le alcanzaban los dedos para contar sus chascos emocionales, que le apabullaban la mente en tardes lluviosas de lunes.

El cursor parpadeaba sobre la hoja en blanco del editor de texto. Parecía el tic tac de un reloj, midiendo su falta de ideas.

Y entre el cigarro y el café, volvía a perderse en aquella marea de recuerdos que bogaban sin parar en su mente de papel. Aquel era su único desahogo ante la sombra de tristeza y confusión que cargaba en el pecho, y hasta eso se le estaba acabando.

La foto de la repisa brilló por la centella que profería un rugido desde el firmamento. El marco era de madera tallada con pericia, pero aquello no era lo importante.

Esa foto.

Evitaba mirarla, y sin embargo siempre estaba allí, acechándola, sedienta de ella, de su carne, de su alma.

Se abrazaban sonrientes. Quizá riéndose de algún mal chiste de esos que a él le encantaba invocar en los momentos más serios. Sus ojos verdes brillaban tanto como su calva; y es que a los treinta y nueve salía barato ante el ángel de la vejez.

Y eso a ella no le importaba.

Por lo menos a su yo más joven. Las patas de gallo no descansaban aún en su rostro y su cabello lucía espectacular al sol de aquel día. Notó que no llevaba maquillaje, y ese detalle le hizo sentir una calidez en el pecho.

Pero dejó de mirar la foto.

—Menuda mierda —dijo, volviendo su vista al monitor. Tic tac, parpadeaba el cursor.

Tomó una bocanada, un sorbo hasta el fondo de su taza y comenzó a teclear tan rápido como los rayos que caían en ese momento sobre la ciudad.

Tenía una historia.

Y más valía que la vomitase de una puñetera vez.

CAPÍTULO 1

El gallo cantaba desde la madrugada. Tenía el reloj interno muy desorientado, pero al menos servía de referencia a Fernando en aquella mañana para ser el primero en llegar a su trabajo. La luz del amanecer apenas se filtraba por encima de los edificios de la calle.

Fernando no tardó en aparcarse la bicicleta y se desperezó. El bostezo que lanzó pudo haber despertado a la ciudad completa, ya que vino acompañado de una risa matutina. Miró su celular y volvió a sonreír al percatarse de lo temprano que había llegado al café.

Era el jefe, así que demostrar puntualidad nunca venía de más, y lo valía a barbaridad si era al inicio de la jornada.

Lunes.

Lunes.

Lunes.

Amelie, se leía. No era el nombre más original del mundo, pero al menos estaba disponible al registrar la patente. Y más allá de eso, con un largo suspiro, Fernando expresó lo orgulloso que se sentía de tener un negocio propio.

Sus aspiraciones no engendraban las cosas más ostentosas, pero su café era, a palabras menos, el hijo que nunca tuvo a sus casi cuarenta años. Era algo tangible, salido de él, como si lo hubiese dado a luz, aunque en realidad había salido de su bolsillo. Pero qué más daba. Era suyo y siempre estaría allí.

Levantó las santamarías y el engranaje de las mismas chirrió con agudeza, indicándole a la cuadra que ya había llegado. Introdujo las llaves correspondientes a las cerraduras y entró.

—Hágase la luz —dijo al momento de apretar el interruptor.

El *Amelie* se iluminó con una tonalidad que se paseaba entre el cobre y el naranja, con una calidez que parecía un amanecer. Las mesas sostenían las sillas sobre su circular tabla. Estaban distribuidas de manera que no fueran una molestia para los clientes. Al fondo, la caja registradora esperaba a Fernando para iniciar las labores.

—Sería más útil si me dejas pasar, Fernando —dijo una voz a su espalda.

Fernando dio un respingo que lo sacó de su letargo.

—¡Joder, Diego! —exclamó echándose a un lado—. Existen otras formas de dar los buenos días.

Allí estaba Diego, atusándose el bigote que ocultaba aquella sonrisa pícaro que solía lanzar todas las mañanas. La cabellera la tenía sujeta en una cola de caballo, ya con la chaqueta de cocina puesta.

—Hay que trapear, Fernando —dijo, abriendo las fosas nasales de su alargada nariz de buitre mientras paseaba la mirada por el café.

—No sé cómo distingues los olores —dijo Fernando, caminando hacia la registradora.

Diego se llevó la mano a la boca, conteniendo una carcajada.

—Años de práctica en las artes culinarias —respondió este, acercándose hacia la barra. Se remangó la camisa y acto seguido lució sus nuevas zapatillas haciéndole un dobladillo a su pantalón—. ¿Te gustan? ¡Estaban en oferta!

—Son iguales a los otros cinco pares. —Fernando ya calibraba la caja, colocándole un rollo nuevo de facturar.

—¡Por supuesto que no! —Diego se tocó la sien, tamborileando sobre ella como si orquestara una zamba—. ¡Son *Di Vichi*! ¿Cómo es posible que no te percastes?

Fernando lanzó un suspiro de resignación. Quizá tenía razón. Quizá debía ser más detallista con aquellos que lo rodeaban.

Quizá debía ser más detallista con ella...

—Encenderé los hornos —dijo Diego, y con un aire digno se perdió en las cocinas.

Hacía un frío tremebundo en el momento en el que los hornos expulsaron la diminuta mecha. Diego se paseó por su cocina como si fuera la reina Isabel de Inglaterra. Las losas parecían jactarse de la pulcritud con la que las habían pulido. Las hornillas no ostentaban rastros de óxido y los ventiladores laterales ronroneaban como un gato de Angora.

Los cuchillos, las ollas, las neveras al fondo e incluso las vajillas. Todo estaba en su sitio, milimétricamente colocado para facilitar su uso llegado el momento. Diego avanzó hasta su casillero y colocó dentro su bolso de lana antes de sacar su tableta. Se paseó por un par de aplicaciones y llegó hasta lo que le competía: las recetas del día.

—Pastelillos, *brownies*, *red velvet* —enumeraba mientras verificaba en las despensas—. Estos panecillos quedarán excelentes con unos aderezos. —Se atusó el bigote, como si celebrase aquella revelación gastronómica.

La cocina era una gala, una danza que se equiparaba con el *Cascanueces* en navidad. Tenía todo bajo control. Era el dueño y señor de aquellos feudos, el Quijote de la restauración.

Pero no podía ser un Quijote sin un Sancho Panza.

Su tableta marcaba las siete y media de la mañana y no pudo reprimir el gruñido que se le sobrevino desde la garganta.

—Maldito imbécil —siseó, ajustándose el delantal.

La luz entraba por una rendija. Aquel hilillo se coló hasta sus párpados.

Ya había salido el sol.

—¿Ya ha salido el sol? —repitió en su cabeza. Y sus pensamientos se volvieron un eco infinito.

Y aunque su cabeza se encontraba flotando entre las nubes, el revolcón que sintió lo trajo de nuevo a la realidad.

Se había quedado dormido.

Otra vez.

—¡Ya ha salido el sol! —gritó, levantándose de un salto.

Leonardo vio la hora. Siete y media de la mañana. Entre maldiciones e improperios, comenzó a desbaratar su habitación en busca de ropa. De entre un montón de remeras apiladas en un rincón, cogió la primera que se le atravesó; para su buena fortuna era una de Motorhead.

Pero ya tendría tiempo para admirar su vestimenta. Debía llegar al trabajo antes de que Fernando y Diego le cogieran manía de nuevo. ¿Cómo podía quedarse dormido? Juraba que había puesto el despertador.

Bueno, tampoco lo recordaba, pero y qué.

Unos pantalones opacos, sus botas y su bolso, y ya estaba listo. Ahora escudriñaba debajo de las almohadas.

—¿En dónde las dejé, joder? —dijo, sacudiendo las sábanas.

El tintineo metálico pareció aliviarlo como un balde de agua fría en medio del desierto. Sus llaves cayeron ante sus ojos y, al tomarlas, solo tuvo que salir disparado hacia la puerta como un rayo.

Sin esperar el ascensor del pasillo, Leonardo había adoptado la velocidad de una pantera y bajó cinco pisos hasta la planta baja en tiempo record.

—¡Ay no! —dijo en voz alta, mirándose los brazos tatuados con calaveras, dragones y demonios.

No había tiempo para esperar el elevador. Volvió sobre sus pasos, superando las empinadas escaleras entre jadeos hasta volver a casa.

En su cuarto consiguió lo que estaba buscando: una vieja chaqueta de cuero manga larga, ideal para ocultarse los tatuajes; contra su voluntad. Salió de la habitación y bajó nuevamente, con miedo de ver la hora.

Lo decapitarían.

Era su fin.

—¡No, por favor! —volvió a gritar en la planta baja.

—¿Qué te ocurre, hijo? —preguntó una señora en la reja de las residencias.

—¡Volví a olvidarlo! —y dicho esto, Leonardo corrió hacia su apartamento.

Las piernas ya no le daban para más, pero valía la pena el esfuerzo. No podía enfrentarse al mundo real sin eso. Era como si le pidieran que se lanzase a una piscina infestada de pirañas envuelto en trozos de carne.

Su habitación era un desastre infinito, pero allí estaba. Leonardo se reprochó por haber sido tan descuidado, pero ya no volvería a pasar. Cualquiera puede cometer errores, pensó mientras reía y tomaba su iPod recién encontrado. Se puso los auriculares, seleccionó *Fear of the Dark* de Maiden y volvió a las andadas.

Iba ser un buen día.

Miró su reloj.

CAPÍTULO 2

La campanilla sonó.

Fernando levantó la vista y sus ojos se afilaron al posarse sobre la puerta.

El *Amelie* ya estaba a punto. Las mesas trapeadas y los manteles aireados. De fondo ya la radio daba los buenos días y el locutor discutía desenfrenado al teléfono con algún diputado.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó Fernando, monocorde.

—Me he quedado dormido —respondió Leonardo. Tenía la cara tan roja como un tomate y jadeaba tanto como un perro sediento—. El tráfico...

—Vienes a pie. —En ese momento, Fernando se acercó al recién llegado—. ¿Qué coño te pasa? Tienes un horario que cumplir.

Leonardo levantó las manos en son de paz.

—Sin palabrotas, Fernando. —Intentó sonreír. Su rostro estaba tan duro como una piedra, pero se esforzó por bajar los humos de su jefe.

A Fernando le daba algo de pena. Para él, Leonardo solo era un niño en el cuerpo de un adulto. No sabía cómo podía costearse un apartamento en la ciudad; de hecho no conocía nada de él fuera del café. No es que le interesase, pero una buena relación con sus empleados no estaba de más. De arriba abajo parecía un águila, un depredador dispuesto a despedazar al primero que le alzara la voz, pero Fernando sabía que él no mataría ni a una mosca.

Y quizá era por eso que lo había contratado.

Vaya a usted a saber.

—Escucho voces desde el más allá. —Aquello venía de las cocinas—. Me hablan los espíritus de la impuntualidad. Resuenan en mis oídos como ondas fantasmagóricas que rompen las barreras de la vida y de la muerte.

Fernando y Leo enmudecieron.

—No vuelvas a llegar tarde —finalizó el primero, volviendo al mostrador. Sacó un pequeño molinete y vertió una pequeña cantidad de granos de café—. Haz lo que debas, pero no me obligues a despedirte. —Vuelta de manivela y mirada a la cocina—. Ya sabes lo que te espera.

Sabíaque la paciencia le era escasa, y sin embargo se esforzó por mantener la compostura en cuanto vio a Leonardo entrar a su cocina.

—Lo lamento. —Fue lo que le escuchó decir, casi en un susurro.

Diego estaba plantado. No lo dejaría escapar. Quería machacarlo como a un escarabajo. Asintió con parsimonia.

—¿Qué es lo que lamentas? —dijo, arrastrando las palabras—. ¿El hecho de vivir o tu vestimenta indigna de una cocina respetable? —La sonrisa que esbozó parecía la de un guasón.

Leonardo le tendió la otra mejilla. Ni siquiera parecía querer replicarle.

Y eso estaba bien.

Diego no toleraría tamaña estupidez en sus territorios.

—Lo lamento —repitió Leonardo con algo más que firmeza—. Será la última vez. Lo prometo.

—Puede que sea la última —dijo Diego—. Puede que ni tengas una próxima vez...

Se relamió los labios antes de darse la vuelta muy dado de sí mismo, y continuó amasando la mole que tarde o temprano se convertiría en la obra maestra del día: sus panecillos.

Leonardo no conocía lo que era tener buen humor en el trabajo. Ni siquiera sabía por qué continuaba en aquel cuchitril; detestaba el café, su aroma y la forma en que se deslizaba por su garganta. Sencillamente lo encontraba asqueroso. “Son como adictos al opio”, pensó.

—Necesitas el trabajo, bacalao —reflexionó mientras metía sus cosas en el casillero y se vestía con el oloroso delantal.

Deber tres meses de renta le pesaba como un lastre, pero aquello no justificaba los tratos de Fernando y del imbécil de Diego; maldito engreído con sus botas *Gucci* o como se llamen y su enfermizo recato en hacer unas simples tartas.

La próxima vez le haría frente. No se iba a quedar callado una vez más. Le diría las cosas a la cara, que lo dejase en paz.

—¡Leonardo! —escuchó que lo llamaban—. ¡Ven acá! ¡Solo tengo un par de manos, pimpollo!

¡Pimpollo!

—¡Deja de perder el tiempo y ven!

No tenía el valor suficiente para afrontarlo después de todo, y, resignado en un suspiro, fue a atender los llamados del rey.

Sus tareas como ayudante eran sencillas, y más que sencillas, claras. Lo único que tenía que hacer era seguir la línea de mandato de Diego y asentir una y otra vez. Aunque Leonardo sabía un par de cosas de cocina, era mejor no meterse en aquella área. Le costaba admitirlo, pero Diego era un experto con creces, y era muy difícil arrugar la cara al momento de oler alguno de sus platillos recién horneados.

Qué fácil era conquistar a Leonardo por el camino del estómago.

—¿Panecillos? —preguntó al terminar de lavar unas vajillas.

—Así es —respondió Diego sin mirarlo, absorto en el tiempo que llevaban en el horno—. Encárgate de los aderezos.

—¿Yo? —Leonardo abrió los ojos tanto como pudo. Aquello era una novedad.

—Bájate de esa nube. —Parecía que Diego siempre guardaba una bofetada luego de una caricia—. Tengo unas galletas pendientes y no puedo encargarme de varias cosas a la vez.

—Para ser el rey de las cocinas, no lo tienes todo controlado.

—¿Qué has dicho? —Diego se viró. Parecía que había crecido tanto como un obelisco.

—Para ser el rey de las cocinas, lo tienes todo controlado. —Leonardo sabía que había ido lejos. Su trabajo estaba pendiente de un hilo y su actitud desgañotada no pagaría la renta.

Diego ladeó la cabeza, como si procesara cada palabra del ayudante.

Se tragó el arreglo de Leo.

—Por supuesto —dijo, volviendo su atención a los panecillos. Con un ademán de la mano despachó a Leonardo; había terminado con él.

El ayudante de cocina fue hacia la despensa y buscó los ingredientes. Haría unos buenos aderezos. Diego no era el único que sabía cocinar.

CAPÍTULO 3

Ya se escuchaba el tráfico avanzar en las afueras del *Amelie* y Fernando terminaba de mezclar la crema de unos capuchinos cuando el teléfono resonó.

—¿Hola? —dijo al levantar el auricular—. *Café Amelie*, estamos para servirle, ¿en qué puedo ayudarle?

Una risa pícaro fue lo que escuchó del otro lado.

—¿Siempre tan formal en el trabajo? —dijo una voz femenina al teléfono.

El corazón de Fernando se desbocó en latidos parecidos a disparos. En su rostro se dibujó una sutil sonrisa que corneaba hasta la comisura de sus labios, imperceptible, pero nadie podía negar que riera, que aquella llamada le hubiera mejorado el ánimo.

—Nunca hay que perder las maneras, señorita —contestó, conteniendo la respiración. Sentía el rostro caliente—. La calidad del servicio por encima de todo, ¿no lo cree?

—¿Y sus desayunos tienen tanta calidad como sus palabras? —dijo la voz femenina—. Cuénteme, mi estimado, ¿qué trae el menú?

—Le recomendamos unas tortillas acompañadas de crujientes medias lunas, señorita —respondió Fernando—. Lo mejor de la casa.

—¡Vaya! —la mujer pareció suspirar ante la sorpresa—. ¿Y en cuánto tiempo cree que esa majestuosidad llegue a mi apartamento?

Fernando miró el reloj. Nueve de la mañana.

—En veinte minutos —respondió con firmeza.

Al colgar su teléfono fijo, Felicia volvió a su escritorio. El fondo de pantalla en el ordenador parecía maleable entre la interface de aplicaciones. Era una foto de ella, guapa y vivaracha, y sobre todo, feliz. Aquella sonrisa le recordaba que todavía quedaban cosas en este mundo por las cuales vivir.

Y aquellas cosas podían presentarse en el alma de una persona.

El alma de aquella persona que la abrazaba en dicha foto.

—Paciencia —se dijo. Y acto seguido volvió a teclear. Trabajaba en una nueva novela. Algo de hadas y dragones.

—¡Ya escuchaste al jefe! —ordenó Diego mientras zarandeaba un sartén y reventaba unos huevos—. Pásame la sal.

—De acuerdo —respondió con desgana Leonardo, con la frente perlada en sudor—. Aquí tienes.

—¡Arriba ese ánimo, pimpollo! —se desplazó hacia Leonardo y le quitó el tarro de sal de las manos.

Diego volvió a la sartén y vertió el ingrediente como si se tratase de polvo de estrellas. Los olores en la cocina se mezclaban con el aceite y el aroma de los panecillos y los aderezos. Algunas tortas ya estaban colocadas y dispensadas para la venta, y las bebidas naturales se batían en una gran licuadora que no había parado de girar desde hacía minutos.

—¡No te quedes allí parado! —volvió a vociferar Diego, ensimismado en su platillo—. ¿Quieres decepcionar el paladar de nuestra ilustre cliente?

—Es solo huevo revuelto y sal.

Diego hizo oídos sordos y avivó las llamas de las hornillas.

—Todo tiene su medida exacta —dijo—. Ni más ni menos. Si nos pasamos por un grano, perderá la magia.

—¿Por qué te esmeras tanto? —preguntó Leonardo—. ¿Quién es la afortunada?

—Felicia, pimpollo —con una paleta, revolvió los huevos.

—¿Felicia...?

Diego casi visualizó el plato quebrarse, a pesar de estar de espaldas a Leonardo. Los fragmentos salieron disparados.

—¡Maldita sea, pedazo de mierda! —Diego se dio la vuelta hecho una fiera y observó el reguero a sus pies—. ¿Sabes de dónde saldrá el dinero para comprar otro? —clavó los ojos en Leonardo—. ¡Recoge este chiquero y prepara tus cosas para entregar el pedido! ¡Muévete!

—Sí... —Leonardo no parecía prestarle atención. Giró sobre sus talones y se perdió hacia el cuarto de los casilleros.

Diego lo vio irse, echando fuego como la caldera del incinerador. Volvió a sus labores, falto de ánimo. A un lado tenía los aderezos de Leonardo y, con recelo, metió el pulgar en aquella pasta antes de llevárselo a la boca.

—Está bueno —tuvo que admitir, y se culpó a sí mismo por aquella revelación. Nadie podía cocinar mejor que él en sus dominios—. ¡Ponte algo decente y péinate un poco, por amor a las buenas costumbres!

Eso estaba mejor.

Sus pies parecían elevarlo por las calles. No tenía ojos para las señales de tránsito, ni mucho menos para las personas con las que venía tropezándose desde que salió del *Amelie*. Leonardo tarareaba una bonita balada de Scorpions que su cabeza se empeñaba en repetir una y otra vez.

Hacer la entrega de aquel desayuno equivalía a llevar el oro proveniente de las Antillas. Era su único trabajo y su única misión; misión que cumpliría con gusto por el solo placer de verla.

Aceleró el paso, aún tarareando *Still Loving You*. El semáforo de la avenida se había detenido en rojo, y en aquel momento, la eternidad se hizo presente como la bruma matutina de aquella mañana de lunes.

Quizá debió tomarse su tiempo para arreglarse. Su chaqueta estaba un poco arrugada, y en algunos costados se veían pequeños puntos de moho y hongos. ¿Qué pensaría ella si lo viera de esa manera?

Pero ya era tarde para regresar a su casa a cambiarse de ropa. Debía cumplir su palabra y el mandado de sus jefes.

—Necesitas el trabajo —se dijo, y al suspirar, un ligero vaho emanó de sus labios.

Cruzó la calle con la marea de abrigos. Al filo de la otra acera, su tarareo paró en seco.

¿Por qué tarareaba?

“¡Lo he olvidado otra vez!”, maldijo, mirando de un lado para otro.

Miró la hora en su celular.

Tenía tiempo.

Si corría como un desalmado podría volver al *Amelie*, tomar su iPod y volar como Superman hasta el apartamento de Felicia; entregarle el pedido, cruzar algunas palabras con ella y regresar al trabajo.

Ahora corre, Leonardo. Corre como si la vida se te fuera en estos escasos minutos que tienes sobre tus espaldas. El reloj no se detendrá, y puedes ver el tiempo diluirse como si fueran granos de arena.

Leonardo logró llegar hasta el *Amelie*, bañado en una piscina de sudor. No había clientes, afortunadamente. Fernando no estaba en la registradora. Si lo veía regresar, el infierno caería sobre él.

Se acercó hasta las puertas de la cocina. Ya tenía un plan. Imitaría el movimiento invisible de las ratas, iría hasta su casillero, sacaría su reproductor y volvería sobre sus pasos. Nadie notaría su presencia. Nadie sabría que estaba allí tentando su buena suerte.

—Buena suerte... —murmuró con una leve sonrisa. Aquello no era buena suerte. Aquello podía ser una tragedia si se propasaba una milésima de segundo en la entrega.

Y más si se trataba de Felicia. Aquellos ojos marinos lo mirarían decepcionados, fijándose en él como un par de lanzas dispuestas a ensartarlo.

—Déjate de sandeces, Leonardo —se dijo a sí mismo—. Tú puedes hacerlo. Confía en tus piernas. Y en las dos latas de Red Bull que tienes en el cuerpo.

Se acercó a la puerta de la cocina y se dispuso a correrla con lentitud.

No pudo.

Escuchaba voces desde el otro lado.

—Mierda —musitó—. Mierda mil veces. Me cago en la... que los parió.

No podía hacer nada, salvo esperar que terminasen de conversar.

Y en aquél momento, un pensamiento funesto lo invadió de pies a cabeza, acompañado de un escalofrío caótico.

¿Podrían estar hablando de él? ¿De su posible despido? ¿Se estaba esforzando, por amor a la santa virgen! De verdad lo estaba intentando; por algo continuaba trabajando en aquel desgraciado café.

Solo había una manera honesta de saber qué parloteaban las cotorras. La vida le había dado orejas, así que no veía nada de malo en usarlas; para eso eran, y no era su culpa lo que ellas captaran, y aún más cuando sospechaba que hablaban de él.

¿Qué podía perder?

—Tu trabajo, Leo —se contestó.

Y sin más, como ladrón de secretos al servicio de su propia tranquilidad, agudizó el oído y le dio forma a cada una de las palabras que sus superiores dejaban escapar. Las voces fueron las protagonistas de su propia ópera.

—¿Tienes un minuto? —había preguntado Fernando.

Encontró a Diego aderezando los panecillos. El chef le sonrió antes de contestar.

—Todo el tiempo del mundo —contestó—. ¿Qué ocurre, Fernando? Te noto tenso. ¿Tuviste una mala noche?

—Sabes prestar atención —dijo Fernando—. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Tus ojeras parecen un abismo —rio Diego. Se acercó hasta una mesa e instó a Fernando a acompañarlo.

—No puedo conciliar el sueño —dijo al sentarse. Juntaba los pulgares, incontrolables, de gelatina—. Tengo un asuntillo machacándome la cabeza. Va de acá para allá, revoloteando, y de verdad necesito un consejo.

—Te escucho, amigo. —Diego extendió tanto su sonrisa, que cada uno de sus dientes relucían como porcelana—. Siempre estaré para lo que necesites —suavizó la voz.

Fernando hizo una pausa. Sentía que su pecho se inflaba al respirar. Ladeó la cabeza, cerciorándose de que nadie lo estuviese escuchando. La vergüenza le afloraba por los poros

como un torrente desbordado de su cauce. Sus piernas jineteaban desde la silla, con la sensación de querer levantarse.

—Estoy enamorado —dijo, por fin—. Estoy perdidamente enamorado y solo se me ocurre actuar como un tonto.

—Fernando... —susurró Diego helado.

—Ella me ha abierto los ojos, Diego —continuó Fernando—. Quiero intentarlo de verdad. Quiero hacerla feliz, que sea la única razón por la cual sonría todos los días. La necesito en mi vida, ¿entiendes?

Fernando movía sus dedos más rápido que de costumbre, entrelazándolos como una telaraña. Ya no miraba a Diego, pero reía mientras se imaginaba a sí mismo en los brazos de Felicia.

—Ayúdame —dijo, posando la mirada en Diego—. Necesito que me ayudes.

—Pero, Fernando...

—¡Ya lo he planeado! —Fernando se levantó de la silla. Su cara estaba muy roja, al igual que su calva—. Una cena romántica, aquí, en el café. Un menú especial, solo para los dos. Algunas flores, quizá un violinista, ¿conoces a alguno? No, olvídalo. Mejor muchas velas y un aroma a incienso.

Fernando comenzó a reírse solo. No podía contener sus palabras, y sus palabras no podían reprimir el deseo más fuerte de su corazón: su amor hacia Felicia.

Hubo un breve silencio, solo roto por el ventilador que parecía cantar su propia melodía a la par con los pensamientos de Fernando.

—Puedes contar conmigo —finalizó Diego. Se levantó, extendiéndole la mano.

Un buen apretón.

CAPÍTULO 4

Debajo de aquel caparazón, Leonardo se sentía como un pichón sin el cobijo de su mamá gallina. A esas alturas de la vida, ya las apariencias poco le importaban, y de frente a la puerta del apartamento de Felicia lo menos que quería era mostrar una máscara.

Quería que Felicia lo viera, pero de verdad. No como un simple empleado del *Amelie*, sino como una persona de carne y hueso, con miedos y aspiraciones.

Leonardo cargaba un arreglo de lirios en su mano derecha. Las flores despedían un olor a lienzo recién pintado, rebosado de arte y moños que destacaban los pétalos a viva voz como las palabras que quería pronunciar en cuanto Felicia abriese la puerta.

El timbre se veía lejos. Tragó grueso, apagó su Ipod; en ese momento reproducía algún exitazo de Poison. Extendió su dedo hacia el timbre y tocó.

Y Leonardo esperó, detallando la puerta de madera frente a él, inamovible cual estatua.

Y Leonardo esperó.

Y Leonardo esperó.

Y Leonardo esperó.

Se aclaró la garganta.

Se había tardado más de una hora en llegar, a pesar de que Felicia vivía a menos de cuatro manzanas del *Amelie*. Recordar aquello lo hizo erizarse; sin duda ella se quejaría de su mal servicio y lo notificaría a sus jefes.

—Que les den —masculló.

Volvió a tocar el timbre.

Una espera silenciosa, solo rota por el hilo de sus pensamientos, de su nerviosismo, de su estupidez y quizá de su atrevimiento. Todo en conjunto era una vorágine informe llena de sin sentidos, uno tras otro.

Felicia no estaba, concluyó.

Los lirios parecieron marchitarse ante la decepción, y Leonardo junto con ellos. Se dio la vuelta y decidió marcharse, derrotado.

En la calle, su silueta grisácea se confundía con las bocinas del tráfico truculento.

Había sido una tontería. Debía respetar sus órdenes y sus asignaciones. Salirse del libreto nunca estaba bien visto para alguien como él y aquí estaba la prueba.

La ausencia de Felicia cobraba fuerza; se hacía tan musculosa como un luchador profesional. En realidad quería golpear a alguien; bombearlo hasta una cuneta y reventarle los sesos al ritmo de la batería de *Angel of Death* de Slayer.

Aquello era pedir mucho. Se hacía demasiadas ilusiones.

La bocina de una sirena había penetrado entre sus auriculares. Por el rabillo del ojo notó un par de patrullas al filo de la calle. Un tumulto de gente lucía curiosa a su alrededor.

—¿Qué pasa? —dijo al quitarse los audífonos. Las sirenas eran estridencia.

Leonardo dio un respingo. En su pecho, el corazón se le había acelerado sin razón. Las patrullas habían virado hacia la calle del *Amelie*. Los curiosos continuaban congregándose en dicha dirección, y Leonardo, impulsado por la urgencia de sus piernas, continuó su camino.

Se detuvo en seco al llegar a la avenida. La acera estaba infestada de gente.

—Lo han matado.

—Ha sido ella.

—¿Adónde iremos a parar?

Leonardo escuchaba aquello mientras se habría paso entre la gente, arrancando insultos entre los aludidos, pero necesitaba ver con sus propios ojos lo que estaba pasando. Al llegar al borde de la línea, su iris se abrió como un planeta, paralizándose como un témpano.

—Felicía... —murmuró.

Mateo odiaba los lunes.

Y especialmente había odiado aquel lunes.

No solo tenía que lidiar con la suciedad de su apartamento, las goteras del techo y el gato que solía ronronear desde tempranas horas, sino que ahora estaba allí, muerto de frío y rodeado de ineptos, frente a un café de mariguaneros.

Chupaba del cigarro con una frivolidad digna del humo que dejaba escapar por la boca. El forense hacía su trabajo revisando el cadáver.

Pobre tipo. Múltiples puñaladas traperas. Alguien de verdad le tenía tirria para haberle hecho algo así al infeliz.

Humo.

Chupada.

Y estaba ella. La miró de reojo en la patrulla, cubierta de sangre hasta los tuétanos, sollozando incontrolable.

Fernando. Fernando. Fernando. Es todo lo que había escuchado de ella al momento de llegar. Bendito sea aquel vecino que avisó, aunque su declaración era una puta mierda; descartado como sospechoso. Así era. Todos ven, pero nadie sabe nada.

¿Todos son culpables hasta que se demuestra lo contrario? ¿Por qué no se quedan culpables de una puñetera vez? Quizás así podría reparar la gotera y estar seco por primera vez en su vida.

Ya, Mateo.

Humo.

Chupada.

La pobrecilla no decía palabra; no al menos mientras un montón de chismosos posaban sus ojos sobre ella. Mateo pensaba que sería buena idea tener bombas lacrimógenas dentro de su arsenal, pero eso ya sería demasiado. Lo único que tenía era su vieja arma de reglamento, que solía engatillarse en los momentos cruciales.

Al menos, por ahora, no parecía necesitarla.

—¡Felicía! —oyó que gritaban desde la multitud—. ¡Felicía! ¡Carajo, déjeme pasar!

Puede que la necesitare.

En el cordón de seguridad, sus subordinados forcejeaban con un chico que profería maldiciones. Llevaba el uniforme del *Amelie*.

—Un empleado —dijo Mateo, más para sí.

Se acercó a zancadas.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó. No tardó en clavar aquella mirada pétrea en los ojos de aquel joven.

—Me llamo Leonardo —dijo este—. Trabajo aquí. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué Felicía está ensangrentada? ¿Qué hace en una patrulla? —Un oficial intentaba retenerlo—. ¡¿Qué es todo esto?! ¡Quíteme las manos de encima!

—Calma, calma —susurró Mateo—. ¿Conoces a esa mujer?

—Así es —dijo Leonardo con firmeza—. Es cliente habitual.

—Eso es una novedad. —El detective parecía un cuervo.

En ese momento, una ambulancia estacionó. Los camilleros no perdieron tiempo en emerger de ella y entrar al café.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Leonardo, quien no quitaba la mirada del *Amelie*. Estaba tan pálido que parecía que podría desmayarse en cualquier momento.

—Ya sale. —Fue lo que contestó Mateo.

Los enfermeros arrastraban dos camillas. En una, un cuerpo ensangrentado, tocado por la parca. El forense ya debía haber terminado su análisis preliminar.

La segunda camilla fue hacia la ambulancia.

—¡Diego! —gritó el joven Leonardo—. ¡Diego!

El joven logró librarse del cordón y corrió hacia la camilla, pero antes de que diera dos pasos, Mateo ya lo sujetaba.

Clic, se escuchó.

Con la velocidad de Hermes, Mateo lo había esposado, sin dejarle espacio para continuar avanzando. ¿Aquello era legal? Bajo su punto de vista, sí, ¿qué más daba? Un empleado era un sospechoso. Comenzaban a lloriquear su inocencia al ver a sus muertos.

—Iremos a la estación —dijo—. Tenemos cosas de qué hablar.

Oh, sí.

En definitiva, aquel lunes tenía todas las de ganarse el numerito de ser una mierda.

Una verdadera mierda.

CAPÍTULO 5

Felicia tenía las muñecas enrojecidas; le habían quitado aquellas frías esposas. En aquel cuarto no había ventilación, y un ventanal ahumado le impedía la visión hacia lo que pasaba afuera.

El sudor se asemejaba a sus lágrimas, y en aquel asiento, su trasero se removía de lado a lado, incómodo, deseoso por irse. La habían retenido hacía varias horas sin decirle ni una palabra y ella tenía las ganas de salir corriendo, pero guardaba silencio.

Miraba de lado a lado, detallando las grises paredes de concreto que ahora la encerraban. Sus pupilas se dilataban ante el calor; su estómago no paraba de retorcerse en una batalla contra su propio organismo. Las náuseas iban y venían a paso de columpio.

Finalmente, la puerta se abrió dejando entrar a un hombre alto envuelto en un abrigo. Este se lo quitó y lo extendió en el espaldar de la silla donde procedió a sentarse. La parsimonia con la que lo hizo tensó los músculos de Felicia hasta las yemas de sus dedos.

El hombre sacó una grabadora, la cual colocó entre él y Felicia, y la accionó. La cinta de casete comenzó a rodar con un zumbido. A Felicia le pareció extraño; nadie usaba grabadoras en ese entonces. El tipo debía ser un chapado a la antigua.

—Detective Mateo, lunes 22 de mayo de 2017 —dijo este con la voz neutral—. Caso número mil quinientos dos. Avenida del este —miró a Felicia—. Diga su nombre y edad.

—Felicia Do Santos —respondió la mujer. Su garganta estaba seca—. Veintiocho.

El detective Mateo la escrutaba de arriba abajo. Felicia sabía que detallaba sus ropas ensangrentadas.

La sangre de él.

—A ver, Felicia —dijo el oficial Mateo. Se tomó su tiempo para sacar un cigarro de la cajetilla y encenderlo—. ¿Quiere uno...? —dio una larga bocanada y el humo se aglomeró en la habitación como la niebla. Tras aquella pantalla, el oficial era un ánima de ultratumba.

—No fumo —respondió Felicia—. Es malo para la salud.

El detective lanzó algo parecido a una risa, o una queja. Felicia no supo identificarlo.

—De lo que se pierde —dijo Mateo—. Escúcheme, señorita. Quiero que me despeje unas cuantas dudas, así que espero su total cooperación para que ambos podamos salir de este... ensangrentado embrollo, ¿le parece? Usted me ayuda y yo la ayudo a usted.

Felicia sentía aquellas palabras como un cuchillo en su carne. Y la imagen hizo que a la cabeza se le vinieran un centenar de imágenes; su cuerpo todavía estaba tibio cuando lo abrazaba, cuando lo arrastraba de nuevo, sin esperanza, hacia la vida, hacia la vida que ya Fernando no tenía.

—¿Está muerto, verdad? —dijo inaudible—. ¿Fernando está muerto...?

Mateo asintió.

—Pronto estará diez metros bajo tierra —dijo con la indiferencia de una hoz—. Relate su día, señorita. Con toda confianza desde que se levantó hasta nuestro infortunado encuentro.

—No puedo creer que esté muerto...

—Responda.

Felicia suspiró. La verdad le cayó en el alma como una avalancha.

Fernando ya no estaba en este mundo.

Mateo carraspeó y Felicia volvió a encontrarse con aquella mirada felina; y ella era el ratón.

—Desperté muy temprano —comenzó. Ya no había otra—. A eso de las siete. Soy escritora y trabajo desde casa. Paso mis mañanas elaborando y construyendo tramas para mis novelas.

—Al grano —gruñó el detective.

—No suelo salir del apartamento —continuó Felicia—. Hoy quería desayunar en casa, así que llamé al *Amelie* —hizo una pausa—. Él me atendió...

—¿Quién?

—Fernando... —Sus ojos se desviaron, curvándose hacia el ventanal ahumado en la nada—. Pedí el desayuno a eso de las nueve de la mañana; un platillo que me había recomendado...

—¿Notó algo extraño? —Mateo tomó su libreta. Parecía dibujar circulitos con el bolígrafo.

—Parecía normal. Estaba animado. Hablamos un poco del menú...

—Siga.

—La entrega se había tardado al menos una hora —Felicia intentaba calcular—. Pensé que el *Amelie* estaba abarrotado de clientela, así que decidí ir... —contuvo una arcada—. Era hermoso, ¿sabe? Fernando era un ángel en este mundo. Me inspiraba a continuar con mi carrera, con mi vida... ¿Es cierto que ha muerto? ¿Lo es? —apretaba los puños—. ¡No me mienta! ¡No me mienta!

Y se hizo el silencio. Mateo aspiraba con tranquilidad. No parecía haberse inmutado ante el repentino ataque de Felicia.

—Sí... —siseó Felicia—. Su cuerpo entre el mío... No se movía, no hablaba. Su alma lo había abandonado. Quise levantarlo, quise llevarlo a un sitio seguro, pero él seguía sangrando. No me miraba, ¿sabe? Miraba al cielo... Miraba a Dios... —comenzó a reírse. Se llevó la mano hacia la frente, ocultándose—. Ahora está en todos lados... Ahora está en mi ropa... —paseó sus dedos por la sangre de su manga—. Ahora está en mí...

—¿Dices que estaba muerto al llegar? —preguntó Mateo—. ¿Había alguien más en el café?

—Estaba muerto... —dijo Felicia—. ¡Estaba muerto! ¡Lo tenía para mí! ¡Lo tenía para mí! ¡Yo lo mate! ¡Lo maté porque lo amaba!

—¿Es una confesión? —Aquello había levantado la atención del detective.

Felicia sentía el peso de su mirada aliviada. ¿Por qué parecía aliviarse?

—¡Lo he asesinado con mis propias manos! —alteró. ¿Por qué el detective se alegraba por la muerte de Fernando?—. ¡Yo...!

—¿Qué me dice de Diego? —interrumpió Mateo. Apagó su cigarrillo en la mesa—. Lo han envenenado —esbozó una sonrisa—. ¿Lo ha hecho usted...?

Felicia quedó pálida y se abstuvo de responder. Abrió los ojos hasta la frente.

No tenía respuesta para lo que desconocía.

Y Mateo se levantó con la misma tranquilidad que lo rodeaba desde que había entrado al interrogatorio. Fue hasta la puerta, no sin antes dedicarle un ademán de presunción.

Las cuatro paredes lo fustigaban. Parecía que tenían ojos en todas las esquinas, y sobre todo detrás de aquel oscuro cristal. Olía a cigarro. Temía que se le impregnara en la piel como una enfermedad.

Por la cabeza de Leonardo desfilaban los recuerdos.

Diego en una camilla, desvalido, con un pie en el umbral del otro mundo.

Fernando, muerto, embarrado en su propia laguna de sangre como un tronco a la deriva.

Y Felicia, esposada en una patrulla.

Verdaderamente todo estaba hecho un lío.

Era un lunes de mierda.

El zumbido del silencio le recordó que le habían quitado sus pertenencias. Su preciado Ipod, su identificación, sus llaves, su chaqueta. Incluso el ramo de flores que tenía consigo. Lo habían despojado de su identidad.

Malditos sean todos los policías.

Lo más probable es que lo considerasen principal sospechoso del asesinato de Fernando; porque eso era un asesinato sin lugar a dudas. Apenas posaran sus ojos sobre sus tatuajes y sobre su historial de trabajo lo mandarían, como mínimo, a compartir cuarto con matones, violadores y quién sabe cuántas alimañas malvivientes de la sociedad.

“No tiene que ser así, así que más vale que te calmes, Leonardo. Pareces una niña asustada. Recupera la compostura y evita chuparte el dedo”.

Leonardo levantó la vista cuando escuchó la puerta abrirse. El detective se adelantó como un leopardo, se quitó el abrigo, lo extendió en el espaldar y se sentó frente a él.

“Hará el papel de policía bueno y policía malo. Este cuento ya me lo sé de memoria”, gesticulaba Leonardo por debajo de la franja inhóspita que llamaba rostro.

El oficial encendió un cigarrillo. Al menos hubiese tenido la decencia de ofrecerle uno, para alivianar.

Quizá venía el policía malo.

La grabadora se posaba entre ellos. El mecanismo de los resortes iniciaba a medida que la cinta trabajaba en registrar cada palabra que diría, por lo que Leonardo supo que tendría que ir con cuidado.

Todo lo que dijera sería usado en su contra. Eso es lo que siempre escuchaba.

También tenía derecho a pedir un abogado.

¿Para qué? ¿Realmente lo necesitaba?

“Que te calmes, Leonardo. Si te vieran tus amigos. Si te viera Fernando... Fernando no podría verte. Le habían despojado de la vida en un tris”.

Leonardo deseó que no hubiese sufrido. Morir así, de aquella manera tan brutal, tenía que doler.

Quería vomitar. Leonardo quería vomitar y dejar el agrio té que le habían dado en la estación.

—Nombre —gruñó el detective.

—¿Disculpe...? —Leonardo no lo entendía. Acababa de aterrizar en la realidad. De verdad era una quejica. Tenía que prestar atención—. Leonardo Colmenares —respondió al ver que el oficial se reclinaba en su silla con la peligrosidad de una selva.

—Veintisiete años, ¿correcto? —la libreta se perdía entre la humareda—. Bien, señor Colmenares. ¿Desde hace cuánto trabaja en el *Amelie*?

—Unos tres años, más o menos —respondió Leonardo—. Soy sospechoso, ¿cierto? Le juro que no tengo nada que ver.

—Describame su mañana, ¿sí? Vayamos por lo obvio.

Chupadas y humo. Aquel tipo no era más que un policía cansado de las preguntas.

—No diré nada más hasta que llegue un abogado —declaró—. No pueden retenerme aquí. Pisotean mis derechos como ciudadano...

—Y me sabe a mierda, señor Colmenares. —Mateo sonrió como un diablo—. Podría encerrarlo durante tres días como medida preventiva y reanudar el interrogatorio luego de eso. No me cuesta nada, pero a usted le debe costar mucho. No tiene antecedentes, ¿verdad? Más vale que no empiece a llenar la hoja a estas alturas de la vida.

La punzada en el estómago de Leonardo creció, avivada por las llamas que emanaban de las palabras del detective. En definitiva, aquel sujeto no se iba con juegos, pero él no se iba a quebrantar.

—Probemos otra cosa —dijo Mateo—. ¿Cómo lo trataban sus jefes? Hábleme de su relación con ellos...

—Como cualquier otra —respondió Leonardo. Había alzado un poco la voz, y se arrepintió al notar un destello en el detective—. Empleado, empleador. Nada del otro mundo.

—Debía ser buena —dijo Mateo—. Digo, para estar metido en ese agujero desde hace tres años, el trabajo y la paga debía ser buena. Y ni se diga de las relaciones laborales.

Silencio.

—¿Me equivoco? —presionó el detective—. Aquellas flores que cargaba... ¿iban destinadas a ellos? Dicen que las flores solo deben regalárseles a los muertos... Qué bonita coincidencia, de esas que me gusta cachar —rio. La risa más sórdida que Leonardo había escuchado en su vida.

—¿Qué insinúa?

—Usted es el encargado de las entregas —afirmó el detective—. La señorita Do Santos afirma que el pedido jamás llegó a su casa, pero usted no estaba en el café —apagó el cigarrillo—. No sé usted, pero todo esto me pone a dudar de su inocencia, señor Colmenares. ¿En dónde estuvo todo ese tiempo?

—No es asunto suyo...

—Cada muerto en esta puta ciudad lo es. Y detesto que me jodan mis asuntos... Navega en aguas muy peligrosas, pero con esa pinta de usted... —miró sus tatuajes—. Calza completamente en el perfil de un asesino...

—¡Yo no los maté! —explotó Leonardo. No podía aguantar toda aquella lluvia de acusaciones por un segundo más—. ¡Por más que los odiase, jamás les haría daño! ¡Jamás les pondría un dedo encima! ¡Eran mis compañeros! —tomó aire. Tenía la cara de azufre—. Diego podía ser cruel y desconsiderado. Me hacía trapear la cocina una y otra vez hasta que su rostro se reflejara en la loza. Desengrasaba el horno, lavaba los platos, le cargaba su ego desde la mañana hasta que cerrábamos. Podía ser un marica, pero jamás le haría daño —paró. Ahora le sostenía la mirada al detective—. Tengo ética y siempre hablaré con la verdad; no como Fernando... Me lo ocultó... ¡Lo ocultó!

—¿Qué cosa?

—Él salía con Felicia... La señorita Do Santos... ¿Cómo pudo ocultarlo? Ella... Yo... Las flores eran para ella... Escuché a Fernando y Diego hablando de una cena especial que tendrían con ella. Planeaban eso a mis espaldas... A espaldas de mis sentimientos... ¡Son unos mentirosos! Me traicionaron...

—¿A qué hora los escuchó?

—Nueve y media, más o menos.

Mateo sonrió.

¡Qué sonrisa tan detestable! Leonardo supo que aquella sonrisa era la maestra de los hilos.

CAPÍTULO 6

Conducía el auto al hospital mientras que de su vieja radio salía su propia voz con las típicas preguntas que solía engranar en los interrogatorios. Aquel par de púberes le habían sacado especialmente la piedra.

Felicia, por un lado, le parecía una mocosa obsesionada con amores de cuentos de hadas. La pobrecilla tenía la cabeza llena de sandeces; más de las que podía soportar. Que fuera sospechosa del asesinato solo cumplía parte del protocolo, pero lo que a Mateo respectaba, no había nada de qué preocuparse.

Por otro lado, aquel chico, Leonardo, era un completo desequilibrado; y eso le agradaba. Le recordaba a su juventud con aquellas remeras de Judas Priest y la actitud rebelde hacia la autoridad.

Ironías. Mateo terminó siendo la autoridad.

O parte de ella. Las ventajas de ser detective iban en aumento cuando se desligaba del papeleo burocrático para saltarse la ley a su conveniencia.

Y eso era justo lo que venía a hacer.

Le habían recomendado no acercarse a Diego, pues todavía estaba un tanto inestable.

No se lo habían recomendado. Basta de adornar palabras. Se lo habían prohibido, pero ya aparcaba en el estacionamiento del hospital.

Dentro, mostró su placa a unos cuantos enfermeros y le indicaron el número de habitación. La luz blanquecina de los pasillos le hacía pensar en fantasmas y en lo solitario que era estar enfermo bajo la tutela de la salud pública.

—Trate de no alterarlo —le recomendó el toxicólogo de guardia—. Aún debe estar desorientado. Su cabeza puede que esté nadando en un mar de cloroformo.

—¿Para cuándo el informe de toxicología? —preguntó Mateo, haciendo caso omiso a las palabras del médico.

—Lo tendrá sobre su escritorio mañana por la mañana, detective —respondió el médico.

—La eficiencia es su bandera —sonrió Mateo.

—No es el único profesional por estos pasillos.

Tuvo que darle crédito. Con un ademán, se despidió del toxicólogo y entró en la habitación que retenía a Diego.

La brisa de la tarde venteaba desde el palco. La cama recién inclinada mostraba a un moribundo Diego de semblante césped. La mirada lucía perdida al observar el ocaso.

—Muy buenas tardes, Diego —dijo Mateo, sentándose al filo de la cama—. Soy el detective Mateo, y quisiera hacerle algunas preguntas.

—¿Lo han atrapado? —preguntó Diego, reclinándose como podía.

Intentó esbozar una sonrisa, pero sus labios solo pincelaban una mueca que provocó en Mateo una profunda aversión. Verdaderamente era un tipo muy feo, y morirle era hacerle un favor a la humanidad, pensó el detective.

—En eso andamos —dijo—. ¿Cómo se siente usted?

Diego se encogió de hombros, y para Mateo era más que obvio que el hijo de perra la pasaba de puta madre en aquellas vacaciones forzadas.

Mateo puso a rodar la grabadora y le pidió a Diego que se presentara para luego relatar los hechos. Más vale que pudiese decirle algo útil más allá de lloriqueos.

—No creo serle de mucha ayuda, oficial —dijo—. La clientela era baja aquella mañana, por lo que no teníamos mucho trabajo. Desde la cocina escuché a Fernando rotar la radio entre The Wailers y Manu Chao, atender un par de llamadas y nada más.

Mateo tomaba nota, repasando lo mucho que odiaba el reggae. Tenía razón en una cosa: era un café de mariguанeros.

—Todo estaba normal hasta que probé los aderezos que preparó mi ayudante de cocina —continuó Diego—. Estaban asquerosos... Desde ese momento, el mundo se me vino abajo. Comencé perder la noción del aquí y del ahora y me desmayé. Mi estómago era una pila de dinamita —pausó, llevándose las manos a la garganta, como si temiera que la cabeza fuera a desprenderse del cuello. Trago grueso.

—Su ayudante de cocina —murmuró Mateo—. Leonardo —Diego asintió—. Me dijo cosas muy interesantes de usted.

—Cualquier cosa para zafarse del apuro que le espera —espetó Diego—. Es el principal sospechoso, ¿verdad?

—No puedo revelarles esa información. —Sacó la cajetilla y encendió un cigarrillo.

—¿Y qué pasará con él? ¡Me ha envenenado!

—El informe toxicológico nos lo dirá. Él, por su parte, piensa que usted es un explotador y un canalla. —Lo fulminó con la mirada—. Se veía muy molesto.

—¡Allí están los motivos! ¿Qué está esperando?

—La verdad. —Mateo chupó de su cigarrillo antes de continuar—. Hubo un pedido para la señorita Felicia Do Santos que nunca llegó a destino.

—¡Lo sabía! —Diego parecía querer levantarse de la cama—. ¡Nunca hace nada bien...!

—Y ella fue encontrada junto al cadáver de Fernando... —interrumpió Mateo—. Qué conveniente, ¿no le parece? Es como si ella y Leonardo lo hubiesen planeado. Las coartadas perfectas.

—¿Y quiere que se lo confirme?! —La voz de Diego parecía rebotar hasta los pasillos del hospital—. ¡Han sido ellos! ¡Asesinaron a Fernando! ¡Asesinaron a mi amigo! ¡Haga su maldito trabajo!

—Espere a que le cuente el resto —rio Mateo.

—¿A qué se refiere?

—Vaya que eres lento. —Mateo dio otra bocanada. El humo que salió por su boca estaba cargado de risas—. ¿Sabías que Leonardo está interesado en la señorita Do Santos? ¡Al igual que Fernando!

—¿Cómo dice? —Ahora Diego se mostraba perplejo.

—Eso me hace pensar que son cómplices en todo este asunto.

—¡Malditos hijos de puta! —La rabia de Diego incrementó el ritmo cardíaco que se medía en el electrocardiograma—. ¡Fueron ellos, oficial! ¡Me han matado a Fernando! ¡Lo han traicionado...! ¡Me lo quitaron...! ¡Me lo quitaron!

Y la llantina de Diego activó el detector de incendios. El cuarto estaba infestado por la humareda del cigarrillo. Por la puerta entraron un montón de enfermeros y el toxicólogo encargado. Al ver a Mateo y a Diego bañado en lágrimas, no hizo más que enrojecerse de la rabia.

Antes de que le dijeran algo, Mateo apagó el cigarrillo en la ventana y salió por la puerta. Qué divertida escena. Llorar a los muertos siempre le había parecido una fiesta carnavalesca.

La madrugada lucía enternecedora. La gotera le recordaba su soledad. El chapoteo de aquella minúscula gota hablaba con las palabras que salían de su grabadora.

Desde que llegó a casa, Mateo rebobinaba la cinta una y otra vez. Las voces de Felicia, Leonardo y Diego parecían un unísono de problemas sin solución.

Y es que la muerte no tenía solución. Era algo que se le escapaba al ingenio y a sus intereses mundanos.

La muerte seguía suelta, y él era incapaz de ponerle las esposas.

Mateo fumaba en la cocina con la gotera solitaria en las voces de Felicia, Leonardo y Diego sin solucionar sus problemas.

Suelta seguía la muerte.

Mateo se fue a dormir. La muerte nunca dormía, pero él no era la muerte, así que al carajo.

—El informe toxicológico confirma que los aderezos estaban envenenados —le dijo el forense por la mañana—. ¿Tenemos un culpable?

Mateo bebía de su café negro tinta.

—De que hay un culpable, lo hay —dijo—. ¿Qué me dices de la orden de cateo?

—En el transcurso del día —respondió el forense.

—Carajo —masculló el detective—. ¿Pretendes que me quede aquí sin hacer nada?

—Nunca lo haces —rio el forense—, pero te recomiendo que te mantengas apegado al reglamento. Al menos por esta vez.

—Vale, vale. ¿Alguna otra novedad, mamá ganso?

—Nada más. No encontramos el arma homicida. El asesino ha sido astuto.

Aquello arrancó un gruñido en Mateo. Despidió al forense y se encerró en la oficina. Los expedientes de los sospechosos estaban desordenados sobre su escritorio; ya los había memorizado, al igual que sus grabaciones.

Felicia seguía balbuciendo que ella era culpable.

Leonardo no daba pie con bola.

Diego sería dado de alta esa misma tarde, por lo que había escuchado.

Fernando estaba muerto. Su tumba merecía al menos unas flores, por la espera en el purgatorio.

—Flores... —susurró de la nada.

Agarró el expediente de Leonardo y posó sus dedos sobre la línea donde leía las pertenencias.

—Eureka —sonrió.

Tomó su abrigo y salió de su oficina. Levantó miradas fuera de la estación, pero nadie se atrevía a dirigirle la palabra. Era mejor no meterse cuando Mateo se ponía así. Lo vieron entrar en su auto y arrancar a toda velocidad, desbocado como un lunático. Algunos insinuaron que lo oyeron lanzar una sonora carcajada.

Mateo condujo hasta el *Amelie* y le sorprendió ver lo incoloro que estaba. Seguía siendo horrendo para su gusto, pero ahora parecía un pozo descorazonado. Estacionó y se bajó.

El asesinato debió haber ocurrido entre las nueve y media de la mañana y las diez y media. Decidió caminar hasta el apartamento de Felicia desde allí, pero no precisamente con la intención de ir a ese lugar.

En la acera miraba a ambos lados, inspeccionando a paso veloz, como lo haría alguien que siempre llegaba tarde. Revisaba continuamente su reloj. No le tomaría una hora llegar al apartamento de Felicia...

Y como si encontrase un oasis en medio del desierto, la respuesta se apareció a un lado de la acera.

Una floristería.

Amaba tener razón. Cosa que pasaba muy seguido, pero era lo único de lo que podía complacerse por esos días.

Entró y una coqueta campanilla avisó de su presencia a la encargada.

—Muy buenos días —dijo esta. Tenía en su uniforme un pendiente del que se leía un nombre bordado: Clara.

—Buenos son —dijo Mateo, como una máquina. Mostró su placa, lo cual hizo que la encargada se echara para atrás—. No se asuste. Vengo en una inspección de rutina.

—¿En qué puedo ayudarlo? —Clara lucía recelosa. Se notaba que jamás la habían interrogado.

—Estoy investigando la muerte de Fernando de la Torre —dijo Mateo—. Trabajaba en el *Amelie*.

—Oh —el brillo de los ojos de Clara se había esfumado—. Es muy lamentable. Justo ayer atendí a uno de sus empleados.

—¿A qué hora? —preguntó Mateo sin rodeo—. Dígame todo lo que sepa —y como un mago sacando el conejo del sombrero, sacó la grabadora antes de accionarla.

—A eso de las nueve y media de la mañana —dijo Clara—. Casi nueve y cuarenta. Lo recuerdo porque le tomó unos minutos decidirse por algún arreglo floral. Se notaba que improvisaba.

—¿Eran estas las flores? —De su gabardina, Mateo procedió a mostrarle una foto con los lirios.

—Lo eran —asintió Clara—. Estuvimos rato seleccionándolos.

—¿Qué hora era al salir?

—Casi las diez y veinte.

Mateo sonrió.

Eso era todo lo que quería escuchar. Se fue tan rápido como sus piernas le permitieron.

CAPÍTULO 7

Los cateos habían dado resultado.

Lo mejor es que no había tenido que esperar alguna orden. No había tiempo que perder. En ese momento, Mateo se encontraba en el apartamento de Leonardo; el tercero del día. Debía actuar rápido.

En contraste con los dos primeros, no había nada relevante. Leonardo vivía en una pequeña habitación llena de posters y desastres; como su vida.

Pero si hablaba del de Felicia, eso era otra historia. Había dejado hasta el ordenador encendido con un enorme fondo de pantalla donde abrazaba a Fernando; todo a disposición de unas manos ágiles y curiosas.

—Bingo —había dicho al encontrar lo que estaba buscando.

Varias conversaciones y correos electrónicos; algunos muy viejos, como aquellas cartas de antaño que solía escribirse él con sus novias en la juventud.

Cursiladas. Muchos para siempre. Muchos te amo.

Pero también muchas rupturas. A Felicia no solo le huían; la ignoraban. Encontró emails sin responder, exigiendo explicaciones por desapariciones, por engaños y deudas.

—¿Cuántas parejas ha tenido? —se preguntaba Mateo. La lista era interminable.

No evitó sentir lástima. Tan joven y ya tenía consigo una sarta de rechazos con las que podría construir la programación de una novela veraniega durante diez años en algún canal nacional.

Quizá por eso era escritora.

La chica era un corazón roto.

Al final de todo aquello, Mateo logró dar con algunos emails recientes.

—Fernando de la Torre.

Aquello lo confirmaba. Llevaban meses en una relación.

Fotos.

Videos.

Su cuarto fue más revelador. Ropa de hombre y un uniforme del *Amelie*.

Fernando, leyó grabado.

El teléfono estaba en una mesita de noche. Levantó el auricular y se alegró al escuchar el tono. Revisó el historial.

Nueve y veinte, nueve y cuarenta, diez y quince de la mañana. Todas al *Amelie*. Una última cinco minutos después al móvil de Fernando.

Curiosamente, las tres últimas no fueron contestadas.

La hora del asesinato.

Descartada.

Pero no descartada de la vida de Fernando. El cateo a su apartamento tenía más que ofrecer.

—Pequeño pillo —dijo Mateo al encontrar el anillo de compromiso.

Estaban enamorados, los dos tórtolos.

Más fotos y más videos.

Fue fácil acceder a su computadora. La contraseña era *Felicia*.

Era muy obvio.

Ambos eran corazones rotos vueltos a unir. A pesar de la diferencia de edad, se llevaban bien. La relación se veía duradera. Y estaba destinada a serlo, a no ser por el desafortunado

incidente. Confiaban el uno del otro, como almas perdidas en una vasta ciudad. En una vasta ciudad de mierda. Podía envidiarlos, hasta cierto punto, porque Mateo seguía con vida.

La relación estaba oculta. Nadie lo sabía. Hasta esa mañana de lunes que Fernando le confesó sus intenciones a Diego y fueron escuchadas por Leonardo.

Ahora salía del apartamento de este último.

Tenía el caso en la mano.

Su móvil sonó. Un mensaje de texto.

—Está muerto —leyó en voz alta.

Mateo se guardó el celular en la gabardina y continuó hacia el estacionamiento como si nada.

Poco importaba si estaba muerto.

Para su regocijo, ya había resuelto el caso.

—¿Entonces me ayudarás? —insistió Fernando al soltarle las manos—. Si eres mi amigo, no te puedes negar.

Diego apretaba los puños mientras el nudo de su garganta lo asfixiaba. Fernando estaba frente a él y le acababa de destrozar el alma con su egoísmo. Era un imbécil y un desconsiderado. Trabajaba día y noche en esa cocina, y la mantenía limpia para que a su paso todo reluciera, para que comprendiera que todo lo hacía por el bienestar y la aprobación de él.

Pero él lo estaba rechazando. Lo empujaba fuera de su vida, fuera de sus planes y fuera de su futuro. ¿Cómo era posible? ¿No sabía Fernando lo que se estaba perdiendo?

—Es culpa de aquella zorra”, —pensaba una y otra vez Diego—. Maldito sea el día en que cruzó la puerta del *Amelie*, contoneándose con sus caderas y sus pechos, seduciendo a Fernando con la cara flácida que solo tienen las cualesquiera.

Porque eso era. Felicia era una cualquiera. Siempre lo había sido y nunca cambiaría. Y pensar que él había tenido un poco de afecto hacia ella.

“Tonto de ti, Diego. Ahora los dos se irían. Te retirarás siempre a esta cocina; lo único que controlas. Y en esta cocina mandas tú”.

—Por supuesto que te ayudaré, Fernando —dijo al levantarse—. ¿Por qué no empezamos ahora mismo?

—¡Sabía que podía contar contigo! —celebró el aludido—. ¿Tienes algo en mente?

Diego se había acercado a unos gabinetes. Los abrió. Un centenar de cuchillos relucían en sus ojos. Sus aserradas hojas lo llamaban; codiciaban su tacto.

—Lo tengo todo calculado —siseó. Tomó un cuchillo largo y manejable. La hoja era espléndida—. Ya sé qué haremos.

—¿Diego...? —Fernando se había levantado.

No pudo aguantar más. El cocinero se dio la vuelta. Apretaba el mango de la cuchilla; las venas de sus dedos emblanquecían.

—¿Qué haces con ese cuchillo...? —Fernando dio un paso hacia atrás.

—Lo correcto.

Se abalanzó sobre Fernando, quien, vuelto una pena, salió de las cocinas. Era rápido, pero no tanto como la cuchillada que lo alcanzó por la espalda. Cayó, y todo el peso de Diego con él.

—¡Tenías que fijarte en mí! —gritó Diego, descargando una puñalada a las costillas—. ¡Yo te amaba! ¡Te deseaba!

Y las cuchilladas caían como amenazas.

Fernando intentó forcejear, pero era en vano. La fuerza bruta de Diego había turbado todo su ser.

Cuchillada.

—Eras mío —gritaba Diego.

Cuchillada.

—No serás de ella.

Cuchillada.

—No serás de nadie.

La sangre a borbotones le cubrió el delantal. Hasta para eso era metódico. Las manos estaban limpias. Y sus guantes estaban pulcros.

Diego se alejó del cuerpo inerte de Fernando. Lo contempló, quién sabe por cuánto tiempo.

Lo había matado.

Lo había matado.

Lunes.

Lunes.

Lunes.

Diego sintió asco y fue hasta las cocinas, sin mirar atrás. Se quitó el delantal y lo arrojó al incinerador. En el trájín, vio los artículos de limpieza con los que Leonardo solía trapear la cocina. Casi inmediatamente, el envase de los aderezos aparecía frente a sus ojos.

Ya estaba claro lo que tenía que hacer.

La receta maestra.

La última que haría en su vida.

Galones.

Aderezos.

A la boca.

Negro de penumbra.

CAPÍTULO 8

Leonardo estaba junto a Felicia en la oficina del detective Mateo. Lo que acababan de escuchar les había quitado el aliento. No sabía qué decir. Miró de reojo a Felicia. Tenerla tan cerca lo ponía nervioso, pero en aquella ocasión había espacio para la sorpresa.

—Encontramos una nota en el apartamento de Diego —dijo el detective, aspirando una bocanada de su cigarrillo y tendiéndole un pedazo de papel—. Todo está allí, incluso su enfermiza obsesión con Fernando —miró a Felicia—. Tenías competencia.

—No esté de broma —espetó Leonardo—. Ya ha sufrido demasiado.

Mateo rio.

—Además, encontramos varias fotos de Fernando y otras cartas de amor hacia él —dijo—. El tipo de verdad era un enfermo. Me ha ahorrado trabajo en irlo a arrestar, pero también el crédito. —Dio una bocanada—. Era cuestión de tiempo antes de que fuéramos por él. Pobre diablo.

—Soy culpable —susurró Felicia—. Yo los maté a ambos.

—Es verdad —dijo Mateo—. Es tu culpa, pero... ¿qué se va a hacer? —se encogió de hombros.

—¡Le dije que se deje de bromas! —Leonardo se sentía con ganas de ser un asesino. Por un momento estuvo tentado a lanzarle un puñetazo al detective, hasta que notó que el arma de este lo apuntaba por debajo de la gabardina.

Mateo volvió a reír.

—Agallas —dijo—, pero poca materia gris. Ya está claro porqué ella no se fijó en ti.

—Detective —Esta vez Felicia había intervenido.

Ambos la miraron. Su semblante estaba hecho pedazos, pero la determinación de sus facciones era imborrable.

—¿Me regala un cigarrillo...? —preguntó.

Silencio triple.

Mateo le tendió la cajetilla y Felicia tomó uno.

—Gracias.

EPÍLOGO

Habían pasado años, pensó Felicia, pero ahora los lunes siempre serían una mierda. Tecleó el punto final de su obra y encendió un cigarrillo. Aquella bocanada le recordó la distancia que había recorrido desde entonces.

Mucha terapia. Una basura.

La mejor terapia eran las hojas en blanco y el ordenador.

Sabía que el café nunca volvió a abrir. La gente suele ser supersticiosa, por lo que nadie quiso alquilar el local.

Leonardo se había casado con una buena mujer, le habían dicho. Ahora se dedicaba a la música; ella misma había asistido a un par de conciertos.

La música era horrenda, debía admitir, pero cada quien con sus fantasmas.

Y los fantasmas de ella atacaban sus novelas, sin descanso y sin parar. Nunca la dejarían.

Lo sabía.

Punto final.

...

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo este breve relato.

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor encuéntrame en:

Facebook: <https://facebook.com/autorraulgarbantes>

Twitter: <https://twitter.com/raulgarbantes>

Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes

Autor

<https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Otras obras del autor

La Caída de una Diva (Serie de los detectives Goya y Castillo nº 1)

Cuando se descubre el cuerpo sin vida de la diva Paula Rosales, en su camerino del Teatro Imperial, Aneth Castillo es designada para la investigación de su muerte. Ella es una inspectora novata recién llegada a la capital, que ha cambiado de aires esperando darle sentido a su vida. Pero para resolver el caso, necesita la ayuda del inspector Guillermo Goya, un veterano atormentado por su pasado que ha sustituido su familia y la profesión por la adicción a las drogas y el alcohol. Paula Rosales parecía llevar la vida perfecta: una carrera exitosa y un hombre que la adoraba. Sin embargo, la investigación llevará a Goya y Castillo por un mundo de apariencias y engaños que cuestiona la posibilidad real de una conexión significativa con otras personas.

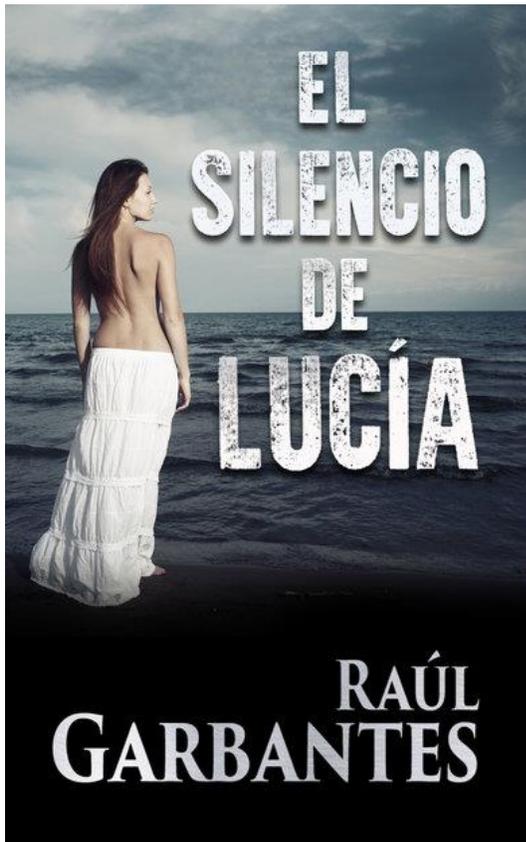
Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01N4BP1AR>

La Última Bala:

El detective Olivert Crane siempre ha sido de los mejores en su trabajo, en las peligrosas calles de la ciudad de Seattle siempre ha sabido valerse por sí mismo mientras sigue buscando respuestas sobre la muerte de su padre. Con la repentina aparición de diferentes casos enlazados por un peligroso criminal y con una larga lista de sospechosos él tendrá que averiguar en quién puede confiar de verdad.

Disponible en Amazon: <https://www.amazon.com/dp/B0190K3FWU/>

El Silencio de Lucía:



Después de pasados varios años, Lucía vuelve a la isla que la vio nacer y crecer. Su regreso transcurre entre recuerdos, reflexiones, un corazón roto y muchas preguntas. Lo único que se hace evidente, es la incertidumbre que envuelve cada cosa que piensa. Durante toda su vida, ha tenido que aprender a vivir con una sensibilidad extraordinaria que, de cierta manera, la ha unido de manera especial a sus prójimos, pero a la vez, la separa de todos. De casi todos. Ahora, un fracaso amoroso la obliga a replantearse su vida entera, debatiéndose entre la esperanza y el desengaño: tras una fuerte discusión, dejó el apartamento que compartía con el amor de su vida, Darío, frustrada por el aparente enfriamiento de su relación. Sin embargo, poco se imagina lo que le depara el destino en este regreso a la isla, que la enfrentará con viejos demonios y probará su misma humanidad.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01DI4MQOC/>

El Palacio de la Inocencia

La inocencia es una virtud frágil para quienes están obligados a crecer demasiado pronto. Pero hay juegos que no pueden abandonarse y deben ser jugados hasta el final. En medio de una noche llena de pesadillas, Diana, una maestra de educación infantil, se ve obligada a atender una llamada con un anuncio que cambiará su presente por completo: su hermana, Bárbara, y su pequeño sobrino, Leo, han sido brutalmente asesinados, mientras que Mina, su sobrina de cinco años, fue secuestrada sin dejar rastro. La tragedia y la incertidumbre serán una constante a partir de ese momento en la vida de Diana, quien intentará localizar a su sobrina con la ayuda de Justo, el jefe del departamento de homicidios. La policía encuentra pocas pistas sobre quién podría ser el culpable y la misteriosa vida que llevaba su hermana aporta pocas respuestas para resolver el caso. Pero un día, Diana recibe mensajes cifrados con acertijos por parte de un hombre que se hace llamar el “guardián de los juegos”. ¿Quién será este mensajero anónimo y por qué está relacionado con su familia? En una carrera desesperada contra el tiempo, Diana debe descifrar los enigmas de este psicópata para poder rescatar a Mina. Acompáñala a resolverlos.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01GRY9ST6/>

Resplandor en el Bosque

La pequeña Sarah va en el auto junto a su padre de regreso a casa. Pasan por el bosque en el que su madre desapareció hace cinco años y la niña se siente atemorizada. Después de cruzarse en el camino con un venado, se accidentan en el auto y, en el trájín, la pequeña cae por el abismo que da al bosque. Cuando abre los ojos se da cuenta de que se encuentra metida en una de sus peores pesadillas, está perdida en el mismo bosque en el que perdió a su madre.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01GAGU9UI/>

Pesadilla en el Hospital General

Tres personas se enfrentan al crimen organizado de la capital. La aparición de un paciente sin identificación en la sala de emergencias del Hospital General, desencadenará una serie de eventos misteriosos e intimidantes que obligarán a Julián Torres, Alejandra Villalobos y Willy Baralt, a desentrañar los hilos y urdimbres que unen la red de ilegalidad de la ciudad. El lector que recorra estas páginas se conmoverá con las historias de los personajes, la trama escalofriante en la que se ven envueltos y no despegará los ojos hasta el final, para saber si serán capaces o no de enfrentarse a los corruptos y criminales de la capital.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01FZO75H6/>

Mirada Obsesiva

En una ciudad llena de contrastes vive Valeria Gómez, una exitosa mujer joven, que lleva una existencia metódica y ordenada. Todos los días, ella intenta controlar cada detalle, cada aspecto, cada espacio de su vida, sin dejar nada al azar, convirtiendo su vida en un marco rígido de prolijidad absoluta para ocultar un doloroso pasado familiar. Su vida transcurre tranquila entre su trabajo, el cuidado de sus plantas y su apartamento minimalista, que es su oasis y su refugio, y el café diario con su amigo Gianfranco, con quien comparte su pasión por el arte y su deseo de aprender italiano. Además, ha comenzado a convivir con Mariano, un guapísimo hombre por quien siente una intensa atracción sexual. Valeria no puede estar más feliz. No obstante, de un momento a otro su vida perfectamente controlada se vuelve un caos absoluto. Alguien la observa, la acosa, se mete en su casa y en su vida y no la deja en paz. Valeria comienza a ver cómo su vida se desmorona ante sus propios ojos sin que pueda hacer nada por evitarlo. Y es paradójico, porque el acosador parece estar obsesionado con los ojos y la mirada, y no para de dejarle a Valeria extraños dibujos de unos ojos. ¿Quién es el acosador? ¿A qué juega y por qué la persigue? ¿Cómo hará Valeria para descubrirlo antes de caer en un pozo de locura que le muestren los límites de una verdadera obsesión? No puedo develarte más. Adquiere ya un ejemplar de esta nueva novela del autor de “El silencio de Lucía” y “El palacio de la inocencia” y dejarte llevar por este thriller psicológico que te mantendrá enganchado hasta el final.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01LCXYVFS/>

El Asesino del Lago

Los Peterson viven una vida normal y tranquila en su hermoso departamento con vista al lago. Están casados hace unos años y son muy felices. De repente, algo terrible ocurre: el vecino que vive frente a ellos es asesinado y Gloria, su viuda, parece haber perdido la razón. Poco tiempo después del trágico hecho, María, la hermana de Gloria, y su familia se trasladan al departamento que compartía la pareja. El hombre de esta familia, los Clarks, es un policía que, con su llegada a la ciudad, comienza a trabajar en la división de homicidios y a seguir las pistas del asesinato de su cuñado. Los Clarks y los Peterson se hacen amigos, pero entonces comienzan a perseguirlos una serie de sucesos extraños que ponen en peligro sus vidas. ¿Estará el asesino detrás de estos sucesos?

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01LYPA10D/>

Colección Completa de Misterio y Suspense

La colección completa con todas mis novelas de misterio y suspense.

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B01MU6ZEBS/>